

CAPÍTULO XIII

La Eucaristía y los antiquísimos rabinos

Ensalzan sobremanera los dogmas de nuestra sacrosanta Religión las solemnes afirmaciones que en su favor han publicado hombres que no tuvieron el honor ni menos la felicísima é incomparable dicha de pertenecer á su fecundo seno.

Entre semejantes personajes podemos enumerar á los maestros de la ley mosaica. Si á esto añadimos que semejante clase de hombres existieron mucho tiempo antes de la venida de Nuestro Redentor, y que anunciaron, cual admirables profetas, la existencia y efectos de un Sacramento que había de tener su realización momentos antes de verificarse la Redención del mundo, es indudable que los rasgos característicos de este Misterio serán más sobresalientes y que las aserciones por aquéllos proferidas, servirán de pruebas, tanto más sólidas, cuanto menos relación tuvieron ellos con una Religión que despreciaron.

Acabo de sentar que los rabinos, de quienes voy á ocuparme, existieron mucho tiempo antes de la venida de Nuestro Divino Salvador, y ahora añadido, para mejor claridad del asunto, que los israelitas mencionados trataron de comentar literalmente las sagradas letras, y que en sus comentarios sobre diversos textos de los divinos libros llegaron á bos-

quejar y aun á manifestar claramente el dogma más augusto que poseemos.

El que más se distinguió sobre todos sus correligionarios fué Rabbi Moisés Hadarsam, quien al exponer la acción que practicó Melquisedech, presentando á Abraham (1) el pan y vino, dice: (2) «Ha de ser por precisión que el Mesías instituya el sacrificio de pan y vino, según el orden de Melquisedech; y *el mismo será torta* (ú hostia) de trigo en la tierra y pan de dos caras, ó de proposición, cuyo sacrificio nunca cesará». En confirmación de estas palabras, aduce el mismo autor aquellas otras del libro de los Números: (3) «Ofreceréis á sus tiempos debidos la ofrenda y los panes». El testimonio que acabamos de ver en Hadarsam, no revela otra cosa que una selecta profecía del Augustísimo Sacramento. Rabbi Judas explica las palabras, pan de dos caras ó de dos haces, y es de parecer que (4) estas tortas ó panes se llaman así, porque las hostias del sacrificio del Mesías aparecerán anteriormente, verdaderos panes, pero no serán así, porque la substancia del pan se convertirá en el cuerpo del Mesías». Si no viera escritas semejantes palabras en autores nada sospechosos, no creería que unos hombres, contando con sola la luz de la razón, pudiesen descubrir tan perfectamente, en las sagradas páginas, un Misterio que en verdad sea dicho, bosquejan éstas con alguna oscuridad.

El citado Hadarsam, en la exposición del Génesis, al comentar las palabras del profeta Oseas, (5) «Con cuerdas de Adán los atraeré, con lazos de caridad, y seré para ellos como quien alza yugo sobre sus quijadas y decliné á él para

(1) Genesis, cap. 14, v. 18.

(2) Futurum, ut Mesías instituat sacrificium panis, ac vini secundum ordinem Melchisedech, atque ipse placenta tritici in terra, et panis facierum, sine propositionis, quod sacrificium numquam cæsset. Super Genes cap. 14.

(3) Cap. 28, 2.

(4) Panis oblatus vocatur facierum, quia apparet panis, et facie tantum conspicua panis sit; sed quantum ad substantiam, faciemque nobis haud conspicuam, in substantiam corporis Messiae transmutetur.

(5) In funiculis Adam traham eos in vinculis charitatis: et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum, et declinavi ad eum ut vesceretur. Cap. XI, 4.

que comiese»; dice: (1) «Ha de venir un tiempo en que el Mesías alivie á los suyos de la carga y los atraiga y tire á sí con los vínculos de la humanidad, y Él mismo se les ha de dar en comida buena, suave y grande, que no haya otra semejante á ella, según lo tiene escrito el profeta David: «Y habrá tortas de trigo en la tierra» (2). Pero si estas palabras son explícitas, mucho más son las del mismo rabino, al comentar aquellas expresiones del salmo 135: «El que da pan ó comida á toda carne» (3). Dice él, que estos vocablos se refieren á aquellos otros del mismo real profeta, al decir: «Gustad y ved porque bueno es el Señor» y da la razón, porque el pan que este Señor concede á todos es su misma carne y quien come este pan se convierte en carne de Él» (4). ¡Qué palabras tan extrañas para aquellos tiempos! Mas ¡qué testimonios tan sublimes de la Eucaristía! y ¡qué ideas tan felices y exactas de un Misterio que aun estaba reservado al Altísimo! Debería fijarse la atención de una manera particular en esta clase de aseveraciones para formar un concepto eminente de la Eucaristía y para despreciar también las locas cavilaciones de los sacramentarios y pseudo-filósofos.

Mas prosigamos. El rabino Barachías, siguiendo á Rabbi Isaac, al exponer las palabras del Eclesiástico: «Lo que fué, esto mismo es lo que será», dice: «De la propia manera que el último redentor nuestro, Moisés, hizo bajar maná del cielo, así lo practicará también el que ha de venir, que es Cristo» (5). Y añade que Cristo será hostia de trigo en la tierra, esto es, en el monte de la Iglesia», palabras que confirma otro rabino llamado Jonatás, comentando del mismo modo este lugar.

Es también solemnísimo el testimonio de Rabbi Pinhas:

(1)...atque ipsemet det eis cibum semetipsum bonum, suavem et magnum cui non sit alius similis juxta illud David.

(2) Et erit placenta frumenti in terra.

(3) Qui dat escam omni carni.

(4) Quia panis quem dat omnibus ipse est caro ejus, et qui gustatur panem, convertitur in carnem. Moises Hadar.

(5) Sup. hunc loc.

«Ha de verificarse, dice, que en los tiempos del Mesías, cesen todos los sacrificios y subsista, sin embargo, el sacrificio de pan y vino, según el orden de Melquisedech, esto es: del rey de Justicia que es el Mesías, rey de todo el mundo» (1).

El mismo Rabbi Barachías, explicando aquel versículo del salmo 71: «Y habrá un trigo en la tierra; sobre los montes más altos serán levantados sus frutos, mejores que los del monte Líbano y florecerán como heno en la Iglesia»: asegura que este precioso trigo son los panes que ofrezca Jesucristo en su Sacrificio de pan y vino, y que sus efectos, tomados por los frutos, superarán á toda ponderación. En este propio sentir, añade Rabbi Salomón, están contestes todos los rabinos de la antigüedad. Otro de los ilustres rabinos que supieron entrever algo del Misterio Eucarístico, es Arabam, quien, al explicar aquellas palabras de Jeremías: (2) «Arrojó el Señor del cielo á la tierra la hermosura de Israel, y no se acordó más del escabel de sus piés», dice con mucha propiedad y elegancia: «La hermosura de Israel es el Mesías que ha de venir á la tierra, bajando del cielo, cuyo símbolo es el arca del Testamento Viejo, llamado escabel de los pies del Señor. Dicha hermosura estuvo significada por el maná y los panes de la proposición, ó de dos caras, los cuales el Mesías ha de tomar para sí, mediante la bendición de sus sacerdotes, á fin de darlos á comer á todo el género humano». Con lo cual, da á entender que Jesucristo nos había de dar un pan que sería su mismo Cuerpo y Sangre, cuyo Sacramento habían de consagrar sus ministros para distribuirlo á los fieles. El observador queda atónito al leer semejantes cláusulas en unos hombres que sólo tenían por guía el texto literal de las sagradas letras, de lo cual obtenemos dos consecuencias: Primera, que las sagradas páginas contienen expresamente, no sólo las figuras de la Eucaristía, sino también muchos textos que manifiestan la

(1) Coment. sup. ps. 85.

(2) Projecit de coelo in terram inclitam Israel, et non est recordatus scabelli pedum suorum in die furoris sui. Trensos. 2.

institución que el Redentor realizaría en la plenitud de los tiempos, y segunda, que un talento versado en las sagradas Escrituras y que discurra tranquilamente puede y debe obtener en consecuencia lo simbolizado por las mismas.

Empero oigamos á Rabbi Chana, que aun nos admirará más que el anterior. Sobre las palabras del Génesis: (1) «Atará á la vid su ciudad», comenta que el sacrificio que se hará con el vino, llegado el tiempo del Mesías, no sólo se transubstanciará en la sangre de éste, sino que también se convertirá en su cuerpo. Después añade, que el Redentor tomará sobre sí los pecados del mundo, apoyándose en el capítulo 53 de Isaías, pero al exponer lo de los Cantares: «Sus ojos son más rojos que el vino y sus dientes más blancos que la leche», afirma; que el sacrificio que se celebre con pan, no obstante ser blanco como la leche, se convertirá en substancia del cuerpo del Mesías; y en este mismo sacrificio, la substancia de la sangre del Mesías será roja como el vino; más aun: en el sacrificio de que hablamos, estarán patentes la sangre convertida del vino y el cuerpo del Mesías que no podrá absolutamente dividirse según está escrito en el Éxodo: (2) «Y no dividiréis en él su substancia». Asimismo, la carne sin la sangre, y al contrario, son cosas muertas; mas el cuerpo del Mesías, después de la resurrección, vivirá para siempre porque será glorioso, pues dice David que vivirá eternamente. Hasta aquí este famoso rabino (3). Creo no puede pedirse más á un israelita ni mucho más á un cristiano. Si los protestantes y falsos filósofos quisieran no violentar las sagradas páginas, encontrarían en éstas, y deducirían por consiguiente, los altísimos dogmas de nuestra Religión Católica.

De acuerdo con Rabbi Chana está igualmente Rabbi Johan (4), quien, á más de exponer con mayor brevedad dichos elevados conceptos, añade que el sacrificio de pan y vi-

(1) Ligans ad vitem civitatem suam, cap. 49.

(2) Et substantiam non confringetis in eo. Exod, 12.

(3) In Genes. 49.

(4) In Genes. 49.

no, de que hacemos mención, durará mientras el mundo exista, no cesará en los tiempos del Mesías. Rabbi Johan, sobre las palabras del libro de los Números (1), que están puestas en boca del Señor: «Mi oblación de mi pan la ofreceréis á su debido tiempo»; dice que estos vocablos deben ponerse en boca del Mesías futuro, ó sea, el Divino Salvador, el cual mandaría á sus sacerdotes que ofreciesen el sacrificio de pan referido, en cuyo sacrificio, el Mesías debería ser el oferente y el ofrecido, y al propio tiempo sería invisible en el mismo sacrificio. Todo lo cual no es otra cosa que una explicación bastante completa del Sacrificio del Altar; en cuyo testimonio, así como en los arriba mencionados, no se han de admirar tanto, unas reales profecías del Sacramento Eucarístico proferidas por doctos rabinos de buena fe, cuanto el que sus hermanos y descendientes en la doctrina y en la sangre, dejen de escucharlas y de aprovecharse de ellas.

Para los católicos será siempre un indecible consuelo el ver anunciado y elogiado de un modo tan peregrino el dogma sacrosanto del Altar.

(1) Cap. 28.



CAPÍTULO XIV

La Eucaristía y las Sibilas

Si extraño parece que los varones eminentes de Israel hayan vaticinado con tanta belleza el adorable Misterio de la Eucaristía, mucho más extraño parecerá el que unas célebres vates, llamadas Sibilas, cuya existencia, de ningún modo fabulosa, se remonta á diferentes épocas de la antigüedad, pero que no se ignora ser algunas anteriores á Noé, hayan cantado en sus rimados y sonoros versos las excelencias de Cristo Sacramentado. Según se afirma, eran las sibilas mujeres sabias, penetradas del espíritu divino, las cuales en número de diez, á saber: Pérsica, Líbica, Déléfica, Cinmeria, Eritrea, Gamia, Cumana, Helespontia, Frigia y Tiburnina, hablaron peregrinamente de la venida del Mesías y de algunos otros dogmas del Catolicismo, aunque la que más sobresalió entre todas, según S. Agustín y S. Isidoro, fué la Eritrea que nos proporcionará suficiente materia para ocupar este pequeño capítulo.

El primer oráculo está concebido en los siguientes términos: «Los que adoran al verdadero y sempiterno Dios, adquirirán la vida eterna y habitarán en un huerto como el Paraíso, comiendo en él el dulce pan del cielo estrellado» (1).

(1) Deum vero collentes, veram sempiternamque vitam hæreditate acquirant in æternum tempus, ipsi habitantes paradisi atque peramænum hortum, edentes dulcem panem é cœlo stellato.

He aquí una bella profecía de la Eucaristía; por este huerto se entiende la Iglesia de Jesucristo en la cual se recibe la suave comida eucarística que es el pan del cielo estrellado de que habla el oráculo de la Sibila. Que así deba entenderse, lo explica terminantemente el P. Cartagena, (1) al observar que este pan del cielo estrellado no se comerá en la bienaventuranza eterna, sino en el huerto de que habla la Sibila, que es la Iglesia, porque no dice el oráculo que se comerá este pan en el cielo estrellado, para poder afirmar que estas palabras se refieran á la bienaventuranza eterna, sino que se comerá pan del cielo estrellado, esto es: bajado del cielo, según aquellas palabras del Señor, hablando de la Eucaristía: «Yo soy el pan que bajé del cielo».

Otro de los magníficos oráculos de estas célebres vates es el que se halla en el libro VI de las Sibilas. Dice así: (2) «De una raíz del pan, resultará un nuevo germen de varones, puesto que la casa de David producirá un germen; mas en su mano, esto es: en el Señor está todo el mundo; el cielo, la tierra y el mar». Pregunta el P. Cartagena: (3) ¿De qué manera, de una raíz del pan podrá resultar este nuevo germen, á no ser que el Cuerpo de Jesucristo se una verdaderamente al nuestro? y da la razón de este modo. En cuanto á la eficacia del espíritu, tanto podríamos resultar nuevo germen mediante la recepción Eucarística, que por medio del Bautismo, pues en los dos sacramentos somos regenerados, aunque distintamente. Es preciso, por lo tanto, que la Sibila hablase del germen vital producido por el Cuerpo de Cristo Sacramentado y no mencionase una palabra del que se da por el bautismo, porque aquella espiritual entidad que se nos imprime como cualidad en el bautismo, no es en número una, sino muchas, pues á cada regenerado da su germen, y así no somos de una raíz por parte del espíritu impreso é infuso; mientras que por el contrario, el ger-

(1) Lib. IX, hom. 29.

(2) Ex una vero radice panis novellum germen erit virorum, cum domus David germinabit germen; in manu autem ejus mundus totus, et terra, et cœlum, et mare.

(3) Loc. cit.

men ó gracia que se nos infunde con la recepción de Cristo Sacramentado es en número una, pues al participar todos de su Carne y Sangre nos transformamos todos juntamente con Cristo en un solo cuerpo, esto es: en el del Señor, según lo afirma el Apóstol, «todos los que participamos del pan de Cristo Sacramentado somos hechos un cuerpo con Cristo» (1). Si así es, he aquí al nuevo germen de varones ó de cristianos comulgantes salidos de una sola raíz que es el Cuerpo de Cristo. Pero si en esta explicación quedara algún género de duda, observemos las palabras siguientes de la Sibila, que confirman las anteriores: «La casa de David desarrollará un germen». Ahora bien; Cristo Nuestro Señor recibió de la casa de David no el espíritu, sino el cuerpo. *Ex semine David, secundum carnem* (2). Y éste es el único germen que ella pudo producir, del cual participamos todos en la Eucaristía. Luego el presente oráculo habla, no del espíritu, sino del Cuerpo de Cristo en el Sacramento.

También es digno de ser notado el hermoso oráculo del libro VII de las Sibilas que, al predecir cierta renovación de los cristianos, dice: «Pero todos, al mismo tiempo, comerán ó mascarán con sus cándidos dientes un maná fresco como el rocío» (3). Aun cuando se quisiera interpretar este oráculo del maná que llovió sobre los israelitas en tiempo de Moisés, la predicción poco habría perdido de suyo, pues al fin, sabemos que este maná no es sino un bello símbolo de la Divina Eucaristía; pero es que en este vaticinio se han de observar principalmente dos cosas: es la primera, que la Sibila se refiere al tiempo de los cristianos, los cuales habían de ser renovados en el espíritu por este maná, y esto es precisamente el primordial efecto de la Eucaristía; y segunda, que semejante maná, fresco como el rocío, es decir, suave y agradable, debía ser comido ó mascado con cándidos dientes; esto es: con limpieza de conciencia, figurada por

(1) I. ad Cor, X, 17; et ad Rom. XII, 5.

(2) Ad, Rom.

(3) Sed simul omnes manna roscidum, canditis dentibus manducant.

los dientes cándidos, lo cual es uno de los requisitos indispensables para recibir á Jesús Sacramentado.

Inserta aun el P. Cartagena otro oráculo, el cual por no parecerme bastante sólido no he querido aducirlo, pero se podrá consultar á dicho autor, lugar citado.

Ningún comentario queda por hacer respecto á la intensa luz y respetable autoridad que los bellos vaticinios de las Sibilas proporcionan al Dogma eucarístico, debiendo observar que si á nosotros, nos basta la autoridad del Dios que revela, empero pueden servir de eficacia grande á los incrédulos y excépticos.